

TENTACION Y CULPA

Gustavo Maldonado, S. J.

OH Dios mío. Qué abominable es todo ésto. Es posible que yo...? No, es una necedad, un absurdo —añadió resueltamente. ¿Es cierto entonces que esa idea tan espantosa ha podido cruzar por mi mente? Qué maldad es capaz de encerrar mi corazón. Es in-noble, odioso, repugnante...”

Así dialoga consigo mismo Raskolnikov, el estudiante pobre y afebrado, por cuya mente hastiada de miseria ha

cruzado una TENTACION: asesinar a la vieja prestamista; tomar de su dinero maldito el que necesita para concluir sus estudios.

Cree estar seguro de que jamás realizará ese “horrible sueño”. “¿Es ésto una cosa seria? No, no lo es. Me estoy engañando con una ilusión y esto me causa placer. Es una distracción, sí; es más bien una distracción”.

Por eso prosigue acariciando el “in-



noble sueño"; deja que se le vayan ocurriendo detalle a detalle las circunstancias que completan "el plan".

Llega incluso un momento en que da por vencida la TENTACION. "Señor, rogó, muéstrame el camino, y renunciaré a... este sueño maldito. "Al cruzar el puente, contempló silencioso y calmo el río, y la magnífica puesta de sol. A pesar de su debilidad no sentía fatiga y estaba con más ánimo. Hubiérase dicho que el absceso de su corazón, maduro durante un mes, acababa de reventar. Libre, ¡sí! Había logrado escapar de ese sortilegio, del hechizo, del encantamiento de la horrible sugestión".

Justamente entonces ocurre una circunstancia inesperada. Al pasar por esa calle, por la más imprevista de las casualidades, se entera de que al día siguiente a la hora de su plan, la vieja estaría sola. Es la gota que colma el vaso repleto de su corazón. "De allí a su domicilio el camino era breve. Entró en su casa como un condenado a muerte; ya no razonaba; era incapaz de hacerlo; en todo su ser ya no existía libertad de juicio ni voluntad; todo acababa de quedar resuelto en forma definitiva".

Se duerme; pero exactamente a la hora prefijada por "el plan", salta de su lecho como si alguien le hubiera arrancado de allí. Con perfecta precisión prepara en el interior de su abrigo el soporte para el arma, se apodera del hacha...

"Estas resoluciones tenían de singular que a medida que tomaban un carácter definitivo, parecíanle más monstruosas y absurdas. A pesar de la lucha angustiosa que se libraba en su interior no podía creer que iba a poner en práctica sus proyectos".

No podía imaginarse que en cierto momento dejaría de reflexionar, se levantaría e iría allá. Se hubiera dicho que el faldón de su abrigo había sido tomado por un engranaje que comenzaba a atraerlo... Así llega a la casa de la víctima y sube hasta su habitación. Mientras la vieja examina un falso pa-

quete, Raskolnikov consume con su hacha el crimen.

* * *

Se ha cerrado en este caso, genialmente descrito por Dostoiewski (1), el terrible ciclo *tentación - crimen*, o lo que es lo mismo *sugestión del mal - pecado*.

No somos asesinos

Es verdad. No es caso corriente que nos veamos asediados por la incitación a cometer un asesinato. Pero toda tentación es, en grado variable, una atracción hacia el pecado; y éste sí, es siempre *el crimen* contra la gracia de Dios.

Es innegable que en los rasgos de Raskolnikov hay varios de desequilibrio patológico. Sin embargo, la disección de su caso es útil al hombre normal y corriente; es que la tentación sigue en esencia los mismos pasos siempre, y visita todas las almas (2).

Solamente Jesucristo, por su filiación divina, estuvo libre de la tentación interior; aún así, para enseñanza y ejemplaridad, se sometió al ataque externo del tentador. Por un privilegio único, la Virgen María estuvo también exenta de cuanto arranca de la concupiscencia.

¿Es pecado la tentación?

Es un error frecuente el de identificar tentación y pecado. Muchas almas por las que cruza la sugestión baja y perversa, tienden a sentirse culpables por el solo hecho de que esos pensamientos ruines se les hayan podido ocurrir. Les oprime, como a Raskolnikov, el hallazgo de toda la "maldad que ha sido capaz de abrigar su corazón". Sabemos de las torturas espirituales de

(1) F. M. DOSTOIEWSKI, «El crimen y el castigo». Tr. Pauli, Sopena, Buenos aires, 1952; cap. 1 a 7.

(2) R. BROUILLARD «Tentation» DTC XV, 116 ss. Son clásicos y sumamente útiles: A. RODRIGUEZ, «Ejercicio de perfección...» Parte 2.^a, tratado 4.^o S. FRANCISCO DE SALES, «Introducción a la vida devota». Parte 4.^a, cap. 3 a 10.

santos asediados por esta prueba (3). Y sin embargo, hay que recalcar el básico axioma espiritual tan luminoso y reconfortante, de que *la tentación no es pecado* por sí misma (4).

Fases de un ciclo

Ya en el Génesis se nos da la indicación de los diversos pasos que completan el proceso de una caída moral. Pero ha sido la revelación cristiana con su profundo sentido de interiorización, la que ha desarrollado el tema en toda su amplitud. Santiago dió en su célebre pasaje la claridad y pauta necesaria: "Cada cual es tentado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce; luego la concupiscencia, después que ha concebido, pare pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte" (Jac 1, 14-15).

Desde S. Agustín y S. Gregorio la literatura ascética ha definido los momentos sucesivos de la tentación global: la "suggestio" (tentación propiamente dicha), la "delectatio" (sentimiento), y el "consensus" (consentimiento).

Con una útil precisión más, vamos a distinguir cuatro pasos: *sugestión, crisis, sentimiento, consentimiento*. (5)

Y ya desde ahora podemos adelantar una conclusión: sólo el último paso, el consentimiento, hace al sujeto moralmente responsable. Antes de él, no hay pecado en sentido verdadero; todo lo que ocurre se halla bajo el signo de la "concupiscencia", y ésta según la definición de Trento "viene del pecado y conduce al pecado, pero *no es* pecado" (6); el alma sigue inocente a

(3) Cf. RODRIGUEZ, o. c. cap. 20.

(4) A. ROYO MARIN, «Teología moral para seglares», BAC 166, Madrid, 1957, pg. 204, núm. 251. BROUILLARD, DTC XV, 126.

(5) También la Imitación de Cristo I, 13, 5 sugiere cuatro fases semejantes.

El orden elegido no excluye cierta simultaneidad; nuestro esquema reserva el tercer sitio al peligroso «sentimiento en oleadas» que se agranda en una crisis larga; pero hay sentimiento desde los primeros instantes.

(6) CONC. TRIDENT. (Oecum. XIX) Sess. V, en 5 (D. 792).

todo "lo que pasa en ella sin ella": la incitación al mal la incita a un examen, una *crisis*, que puede ir fuertemente acompañada de involuntario *sentimiento*.

Solamente cuando el Yo adopta una decisión, cuando da su *consentimiento* se hace moralmente responsable.

Más aun: la actitud posible es siempre bivalente (: se puede igualmente aceptar o rechazar una tentación). El resultado posible de una tentación es siempre doble: mérito o pecado. El hombre sometido a prueba (tentare = probar) se halla siempre ante una encrucijada de signos opuestos. La tentación no es el síntoma irremediable de una carga negativa; es, según el plan de Dios, la ocasión de un paso a lo alto, de un acercamiento a El.

Tentación

El primer paso del ciclo, la TENTACION en sentido estricto, es toda sugestión hacia el mal. Actúa sobre la inteligencia, perturbándola, al presentarle bienes que agradan intensamente a los sentidos y a los instintos.

Unas son exógenas, o sea claramente proyectadas sobre el Yo desde afuera. Brotan de la inagotable gama de perversidad del mundo y el demonio. Salen del ambiente, del mal ejemplo, del escándalo.

En este tipo de tentación es más fácil conservar la clarividencia y advertir la inculpabilidad mientras no se da oídos ni se acepta.

Hay un segundo grupo de tentaciones, endógenas. Tienen un origen interno; son provocadas por estados anímicos o fisiológicos que se traducen en impulsos hacia el mal. El movimiento hormonal, el vaivén del temperamento, o simplemente, estados especiales de ánimo, producidos por cansancio físico, por percepciones conscientes o semiconscientes... todo esto puede transformarse en impulsos que llegan al nivel de la conciencia, y se presentan

como tentaciones (7). Como su raíz es interior, muy fácilmente pueden tomarse como productos del Yo, como pecado del que el alma se da por culpable.

Y, sin embargo, no es necesariamente así. Ni siquiera la tentación endógena es pecado. Será tal vez difícil distinguir claramente dónde concluye lo totalmente involuntario; habrá en ocasiones una responsabilidad radical (haber hecho posible la tentación). Pero mientras es sugestión, sin consentimiento voluntario, no hay aún pecado.

Muchos pecados reales se habrían evitado con una clara formación religiosa. ¡Cuántas almas, al darse por perdidas, convierten en real pecado con su desesperado echarse al surco lo que hasta ese momento era todavía sólo tentación!

Crisis

Influjo de los motivos

Este segundo y decisivo momento designa la actuación de la conciencia, previa a la elección que la voluntad hará más tarde. El Yo somete a examen la sugerencia recibida; se pregunta si el seguirla le será bueno, o útil, o agradable...

Se trata radicalmente de una comparación, un careo entre la posibilidad sugerida y los criterios de valor, los *motivos*. Estos últimos son una serie de conceptos y vivencias, enraizados en los estratos más profundos de cada hombre, y que se ponen en juego, para impulsarle a elegir siempre que una encrucijada se le ofrece. No importa que el individuo muchas veces ignore su crisis y sus motivos. Sin darse cuenta, quizá en unas décimas de segundo, frente a la tentación ha contrapuesto sus más hondos principios de actuación.

(7) I. KLUG, «*Las profundidades del alma*», (Tr. Fermoso) Religión y Cultura, Madrid, 1954. Cf. especialmente el prólogo, y la parte segunda.

Sin necesidad de recalcarla, se ve la decisiva importancia de los motivos en la vida moral.

Es preciso enriquecer el alma con un sistema de motivos firmes, sólidamente anclados (a través de la oración), mutuamente reforzados (constelación de motivos). La vida de fe consciente, cultivada, les dará jerarquización. Un alma sin motivos morales, o con una escala invertida de valores, está indefensa ante la tentación. La sed de dinero, de placer, de instinto, como norma suprema, lleva a la personalidad, mutilada en sus motivos superiores a la servidumbre ciega de toda tentación.

Influjo de los hábitos

El avance en edad introduce nuevos elementos en las reacciones del alma. El momento de crisis o examen es claramente perceptible en la actuación del joven. Todo le es inédito, y tiene conciencia de su elección ante cada nueva experiencia.

Pero no decide impunemente. Todo lo bueno y lo malo de su actuar, se va registrando en los archivos vivientes de su alma (memoria) y de su cuerpo (sistema nervioso). Y un factor nuevo, el *hábito* hará notar su presencia en ulteriores ocasiones.

Con la edad y la vida la disponibilidad del joven se amortigua; en ciertas personas casi llega a morir. Muchos individuos, anquilosados por la monotonía y por un trabajo embrutecedor pierden la conciencia y la capacidad de libre opción. Viven de hábitos, adquiridos en la niñez y juventud, robustecidos por la repetición de actos (8).

La vida moderna, de grandes ciudades y aglomeración humana no ha hecho sino aprisionar más al hombre, si cabe. Le ha quitado los escasos momentos de soledad, de reencuentro consigo mismo.

Por lo mismo es urgente la necesidad de educar los hábitos morales.

(8) ROYO MARIN, o. c., pg. 56.

“Hay que inculcar en los niños la honradez, la sinceridad, por idénticos procedimientos que los empleados para la formación de reflejos; esto es: sin argumentos, sin discusión, sin explicación” llega a opinar Carrel. “Luego, añadiendo poco a poco motivos intelectuales a los hábitos logrados, se logrará el desarrollo de individuos equilibrados moralmente” (9).

Crisis y generosidad

La crisis de una tentación no es pecado; pero decide de él. Por eso los grandes maestros de la ascética le dedican casi toda su atención. Subrayan la urgencia de llegar a decisiones tajantes y rápidas: es célebre el “*principiis obsta*”, desechar la tentación lo antes posible (10).

No es ésto fácil, por las características de somnolencia que tiene muchas veces ese primer contacto de una sugerencia; y porque no se ve tampoco desde el comienzo una culpabilidad real. Sin embargo, el embarcarse en una crisis prolongada es ponerse en grave peligro.

Raskolnikov había perdido su batalla cuando siguió acariciando su “inno-ble sueño”, en vez de desecharlo definitivamente. Asistimos en su alma a un fenómeno morboso, que en grado menor se repite en todo el que prolonga una crisis de tentación: su alma experimenta un extraño desdoblamiento; su Yo honrado insiste en que no hará aquello jamás; pero en el fondo de su ser la decisión se está forjando y el consentimiento lo está dando una voluntad cobarde a medias. Una tentación largamente examinada, puede muy fácilmente pasar a tentación admitida.

No ser en deliberar

Con su clara percepción de realidades espirituales, San Ignacio dice

(9) A. CARREL, *«La incógnita del hombre»* (Tr. Ruiz F.) Iberia, Barcelona, 1952 VIII, 9.

(10) RODRIGUEZ, o. c. cap. 18. O. ZIMMERMANN, *«Teología ascética»* (Tr. Armelin) Buenos Aires, 1952, 1.ª parte, c. 4.ª, pg. 172.

“...es necesario para la salud eterna no ser en deliberar de quebrantar un mandamiento...” (11). La postura básica de un cristiano es la de que tenga en su alma una actitud tal que no necesite, que ni aun pueda someter a examen su fidelidad a la ley divina. Ante una tentación, en cuanto ésta llegue al campo de lo consciente y se vea su oposición a la Voluntad del Señor, sin ulterior crisis, debe darse por zanjada la discusión.

“Vocavi et renuisti”

Esta necesidad de rapidez tiene una causa ascética, y una explicación psicológica también.

El que morosamente tolera una tentación, se va imperceptiblemente colocando en el campo del rechazo a la gracia. Pone en la balanza lo que es indiscutible: el cumplimiento de la voluntad de Dios. Un parcial desprecio de la gracia le expone a la pérdida de gracias ulteriores, pues en realidad, se hace merecedor de la palabra del Señor: “El que no está conmigo, está contra mí”. Quien empieza a plantearse la posibilidad de “servir a dos señores” (Mt 6, 24) se pone virtualmente fuera del servicio de Jesucristo.

Oleadas de sentimientos

La razón psicológica es también clara y nos introduce al tercer paso del esquema. Mientras la crisis se produce y sobre todo mientras se prolonga, crece la intensidad y el influjo de los SENTIMIENTOS. Involuntariamente, o aun contra todo esfuerzo de la voluntad, la turbia marejada se remueve desde las capas instintivas. Estos movimientos afectivos no son pecado en sí mismos, pero son su mejor aliado dentro de nosotros; es “la carne” caída, despojada por el pecado original de su primitiva rectitud.

Las fuerzas afectivas e instintivas tienen el terrible privilegio de obnubi-

(11) *Ej. Espirituales* 165.

lar la inteligencia y debilitar la voluntad. Desatadas, pueden llegar a arrebatarse la libertad misma. Es el caso de Raskolnikov.

Autoconocimiento

“Es como la lanza del Santo Grial, que hiere, pero hiriendo cura” (Klug). He insistido antes en la urgencia de rápida generosidad; hay que saber abreviar las crisis, y dar el giro hacia Dios con el mínimo de deliberación. Esto resulta especialmente necesario en ciertos campos, muy determinados para cada alma. Todo temperamento tiene una peculiar estructura, como el interior de una roca, o la médula de un árbol; capas fuertes y sanas alternan con regiones oscuras, propicias a una quiebra.

Cada cual necesita llegar a determinar sus sectores débiles, y tener una infinita prudencia para no someterlos nunca a una prueba fatal. Esta actuación preventiva, la huída de las ocasiones, está fundamentalmente condicionada por el grado en que el hombre conoce su interior, su carga de ambiciones, deseos; sus limitaciones, sus irremediables debilidades.

Así se ha podido decir que la esencia de la vida espiritual está en ir haciendo consciente lo subconsciente.

El temperamento es algo recibido. Nunca o rarísima vez puede cambiarse. Lo que interesa es aceptarlo, esforzarse por conocerlo, y con él cumplir nuestro destino, entregándolo a quien nos lo dió, el Criador.

“Quien carga sobre sus hombros la

cruz de su temperamento, cumple el niégate a tí mismo ...y sigue al que llevó sobre sus hombros la cruz y los pecados de todos los temperamentos” (12).

Oración y sacramentos

Psicológicamente se podrán analizar mucho los procesos oscuros del alma. En el fondo queda siempre, impalpable, la gigantesca actividad de la gracia.

La Teología católica sabe que sin la gracia nadie puede vencer todas sus tentaciones tomadas en conjunto, más aún ni siquiera una sola de las más graves (13).

Y para obtener la gracia, es indispensable la oración.

A la gracia deben los santos su camino hacia Dios. Sus crisis se deciden serenamente, como por una segunda naturaleza, en el curso de sus vidas. Se diría que ya no tienen que elegir, sino que en su corazón han escogido de una vez por todas la mejor parte.

El recurso a Dios es indispensable para superar las tentaciones. La oración rápida, breve, urgente, en el momento mismo de la crisis. Todavía más la oración, que va reposadamente imprimiendo en nuestro ser los valores de Dios, y enriquece con esos grandes motivos nuestra voluntad. Y sobre todo, los sacramentos, que la fortifican con el grande, milagroso tesoro de la gracia.

(12) KLUG, o. c. pg. 127.

(13) BAC «*Sacrae Theologiae Summa*» III, Madrid, 1956, pg. 528, núm. 58.

